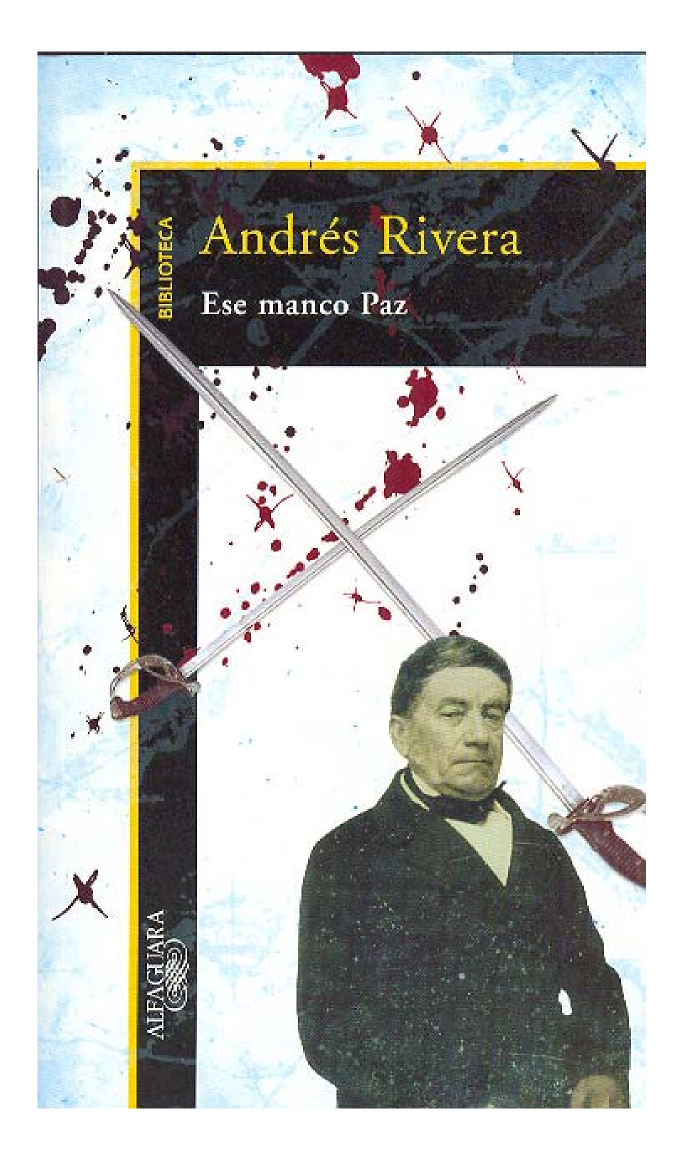






Con *Ese manco Paz* Rivera vuelve magistralmente a la novela y pone en escena una figura opacada: José María Paz.

Paz, el joven soldado de Belgrano. El vencedo de La Tablada, Oncativo y Caaguazú. El enamorado de Margarita Weild. El preso de Estanislao López y Juan Manuel de Rosas El defensor de Montevideo. El anciano que repasa su vida en una casona de Buenos Aires. *Ese manco Paz.*

Todos esos perfiles del personaje son explorados por Andrés Rivera en esta novel a dos voces. Una, la del propio Paz, que en un noche de 1854 evoca su pasado y reflexion sobre sus triunfos y sus derrotas: "Y creí... que yo podría constituir un país de justos e iguales. Dios me hizo idiota. Yo me hice Paz". La otra es la voz de Juan Manuel de Rosas que, como en un eco de *El farmer,* pinta con lucidez el carácter de su viejo enemigo: "No quería tierras *el manco,* y no había oro en tierra argentina que comprase al *manco,* y no había tributos ni homenajes que corrompiesen su voluntad".

Esta nueva novela de Andrés Rivera trasciend época y personajes para desnudar con pasión y dolor las raíces de la Argentina actual.

Andrés Rivera

Ese manco Paz

Índice

...porque, desde luego, no hay nada
más divertido que escribir cosas
históricas...

...pero de nuevo, de verdadero, de sufrido, de esforzado, de
no-del-todo-claro-ni-siquiera-para-ti,
¿qué dices?
ITALO CALVINO, Los libros de los otros

La República

Sé que anoté, como un maníaco, como si grabara en piedra y en hierro las últimas letras de mi testamento, a lo largo de mis nueve años de cárcel: *En los pueblos es ya como extranjera la causa de la Patria.*

Esperé, durante tres mil doscientos ochenta y cinco días de cárcel, que los montoneros de Estanislao López me humillaran con una muerte afrentosa.

O que los mazorqueros de Juan Manuel de Rosas me sumieran en las abyecciones de la tortura. (Juro por Dios que vi cómo jugaban al voleo con mis tripas.)

Esperé, vencido por la fatiga de la espera, la llegada de los asesinos y de sus risas impunes. Esperé sus manos listas para el faenamiento.

Y, en esa espera, envejecí. No pude dormir: esperé, en los repliegues vertiginosos de la noche, escucharme cacarear las abominaciones de la agonía. Esperé en las nieblas del alba, ya la luz del día.

Por eso, por esa espera insoportable, sé cómo armó la boca de Salvador María del Carril la pregunta que armó. Y por qué escribí, en un papel que ahora amarillea: *En los pueblos es ya como extranjera la causa de la Patria.*

Eso escribí en un papel que ahora amarillea.

Y entre las pocas certezas que me quedan, una no se pierde en las degradaciones que impone la vejez: la Revolución de Mayo se propuso sacudir un orden conformado por burócratas, prestamistas, letrados, comerciantes, propietarios urbanos, propietarios de tierras. Y a ese orden se integraban, complacidos, satisfechos, ahítos, esclavos y peones, y sus hembras, y los hijos y las hijas de esclavos y peones, y familiares cercanos y lejanos de esclavos y peones.

Y patrones, peones, esclavos -satisfechos y complacidos- no necesitaban que nadie -y menos unos tortuosos jacobinos, maldecidos por el Dios que Roma y España nos legó- viniese a cambiarles las dichosas rutinas de sus vidas.

Leo las líneas que acabo de escribir: tienen la frialdad de los datos estadísticos.

Tantos muertos. Tantos heridos. Tantos prisioneros. Tanto armamento

capturado. Tantas municiones. Basura. Basura que arrastra el viento de la madrugada.

Basura este país de los cielos más hermosos que hombre alguno haya imaginado.

Yo escuché, en silencio, la pregunta de Salvador María del Carril, y ese hombre, Salvador María del Carril, dueño de un idioma lujoso, de una palabra deslumbrante, se paseaba frente a mí en tierras ajenas, entre las paredes de una casa que apenas cobijaba a mis hijos, y preguntaba por el paradero de algo que se llamó *patria.* Y cuando preguntaba por los rastros que pudo dejar eso que algunos memoriosos llamaron *patria,* cuando preguntaba por algo que no fue, siquiera, un sueño, era como si blasfemase. Cómo si escupiese en la cara de Dios, si es que Dios tiene cara.

Yo sí tengo cara, pero soy manco.

Yo sí tengo ojos, pero soy manco.

Yo sí tengo boca, pero soy manco.

Cambio verga por mano sana.

¿Qué hacía yo, sentado ahí, con un solo brazo útil, en tierra de exilio, mientras escuchaba a un caballero, dueño de una de las lenguas más poderosas del país, preguntándose *dónde está la patria?*

Preguntándome a mí, general sin tropa, y, por entonces, granjero endeudado, *dónde está la patria.*

¿Tu carne y tus huesos, Margarita Weild, ardieron en una pira?

¿Les pregunto a tus cenizas, Margarita Weild, dónde está la patria?

¿La patria está en tus cenizas, Margarita Weild?

¿Y dónde están tus cenizas, Margarita Weild?

¿Sabías, Margarita Weild, que en mis noches de insomnio, porteñas mis noches, miro y miro tus bellezas?

¿Dónde están tus cenizas, Margarita Weild, para acostarme con ellas?

¿Le dije eso, Margarita Weild, esté usted donde esté?

Yo no contesté las preguntas del caballero de la poderosa lengua, en esa noche que se cerraba sobre las paredes de una casa que levanté, entre gemidos, para mis hijos, y para mí, en la interminable hora del exilio.

No, no le contesté a Salvador María del Carril, un caballero como conocí

muy pocos. Y hombre de coraje, si no quiero decir una verdad a medias.

Invité a Salvador María del Carril, caballero él, y hombre de coraje él, a que tomáramos un ron.

Yo no olvido que soy argentino, y, por eso, me miro, aquí, en Buenos Aires, en la ciudad que fue mi cárcel y cuyos dueños me agasajan, hoy, con ese respeto que se les depara a los abuelos algo idos, y balbuceantes narradores de historias inconclusas, de los que se espera que no requieran excesivos cuidados, y que mueran rápido y en silencio.

Tienen escrito para el argentino que soy, para la historia que desean olvidar, para el medio día que me lleven, entre salvas de fusilería, al cementerio, el penoso susurro de un responso.

Pero yo, todavía, no olvido que los que me agasajan, hoy, aquí, en la ciudad de Buenos Aires, se apartaban, ayer, de mí, cuando la ciudad de Buenos Aires fue mi cárcel.

Se apartaban de mí, los señores, como si yo, el *manco* Paz, fuese uno de esos leprosos de la Edad Media, condenados a la soledad por los cánones de la Iglesia de Dios.

Entonces, ellos, los dueños de Buenos Aires, y sus mujeres, con las que, a veces, se acostaban, y las mujeres de los otros -amigos, parientes, prestamistas, con las que se acostaban en más ocasiones de las que aconsejaría la prudencia-, entraban en la Catedral, vestidos con ropas diseñadas y confeccionadas por un francés astuto y delicado, y se persignaban, y rezaban, y bajaban los ojos ante un hijo crucificado de Dios.

Son doctores en leyes, diplomáticos, jefes de ejércitos, y todos, todos, poseedores de tierras sin horizontes, de bosques donde no penetra la luz del sol, de ríos aún no bautizados, de lluvias y de perros, de nubes, de caballos y de ovejas. Y de toros y de vacas. Y de gallinas, también.

El destino de la República entraba a la Catedral.

Y se arrodillaba ante Cristo.

Y el destino de la República rezaba, de rodillas, ante el Hijo de Dios, para que el hombre rubio y alto y sano, celoso guardián de sus fortunas, no enfermase nunca.

Para que el hombre rubio, alto y hermoso, no dejase de gratificar, con su pluma infatigable y su generosidad de beduino, a los amigos del orden. Digo: a los patrones de la montonera.

Y les aconsejara, infatigable su pluma, cómo despellejar a los

adversarios del orden, cómo quebrarles las patas, cómo violar a sus mujeres e hijas, hasta que esas mujeres y esas hijas aceptaran las persistentes efusividades de sus dueños.

Y les enseñara, infatigable la pluma del hombre alto, rubio, hermoso, que *el país es una estancia.*

Eso escribía el hombre alto, rubio, hermoso, para que lo supieran en Mendoza y Entre Ríos, en los desiertos de La Rioja y en la pampa bonaerense. Y en el mismísimo infierno.

Rosas les escribía *el país es una estancia,* para que no lo olvidaran, siquiera, a la hora del burdel, ni en las convulsiones de sus más feroces diarreas.

Pero ellos lo supieron desde que la España de la conquista expandió sus apellidos por estas tierras de desventura. Desde que la España católica perpetuó la rapiña de sus soldados por estas tierras de maravillas y de tormentos.

El hombre rubio, alto, hermoso, sano, escribía, infatigable, porque nada borra la palabra escrita.

La estancia

El hombre rubio, alto, sano, hermoso, les escribía *el país es una estancia.*

Eso les escribía el hombre alto, rubio, hermoso, sano, desde su casona de Palermo -casona de piedra, vidrio y silencio- para que no lo olvidaran, siquiera, en el tiempo lento y jadeante que tardaban en desmontar de la panza o de la boca o del culo de la favorecida otoñal o adolescente, perversa o deliberadamente ingenua, pero sagaces todas ellas, y expertas en el uso de la lengua.

Les escribía sin fatigarse, el hombre rubio, alto, sano y hermoso, el diccionario de sinónimos y antónimos al alcance de su mano, y hacedor de un Buenos Aires libre de las puebladas y sus inevitables ofuscaciones.

Ocurría, en ese Buenos Aires libre de europeizantes díscolos, que se murmuraba en los rincones más confiables de las casas de lujo. Y que los murmuradores eran los hombres y mujeres que rezaban en la Catedral por la salud del más competente estanciero que haya dado nunca la provincia más vasta y rica del continente.

Los murmuradores cargaban, gozosos, el colorido retrato del cuidador de sus riquezas por calles, esquinas y plazas de la ciudad. En angarillas, cargaban el colorido retrato.

Orgasmos y eyaculaciones precoces en quienes cargaban, sobre sus hombros, el colorido retrato del mejor jinete de la pampa bonaerense.

El hombre que escribía, infatigable y sano y hermoso, en su casona de Palermo, aceptaba la misión que le deparó el Dios que vino de España y de Roma. Era un buen católico el hombre a quien la escritura de lo que fuese no fatigaba.

¿Por qué mi amigo, don Nicolás de Anchorena, tan rico él, y tan sabio, probablemente, dijo que teme *la rebelión de los hombres de chiripá y chuza?*

¿Por qué dijo eso don Nicolás de Anchorena, si esos hombres comen de mi mano, y yo los domestico cuando duermen y cuando no?

¿Por qué dijo eso, don Nicolás, como si no hubiera leído la carta que le envié al general Facundo Quiroga -que el Señor se apiade del alma extraviada y herética del general Facundo Quiroga-, en la que le insistí que se *debe acostumbrar a los pueblos a la obediencia y el respeto a los gobiernos?*

¿Cree, don Nicolás, que yo escribí esas palabras en vano?

Habrá obediencia y respeto a los que tienen, en este país, o no habrá país, don Nicolás.

Yo no escribo al pedo, don Nicolás.

Yo reparto alguna sonrisa, en alguna tarde, en algún barrio de negros, de indios, de mestizos, de criollos pobres, de almas condenadas al purgatorio.

Muerdo el borde de alguna empanada, en algún barrio de negros, de indios, de mestizos, de guitarreros, de criollos, de los que van a morir en defensa de mi hacienda. Y chupo el agua de algún mate lavado, y pregunto por la salud de la doña, y su hombre está listo para lo que yo guste mandar.

Don Nicolás: su fortuna no dejará de crecer mientras yo sonría, en alguna tarde gris y porteña, de recorrida por algún barrio de negros, de indios, de criollos y guitarreros.

El secreto de gobiernos como el mío, don Nicolás, es éste: les digo a negros, indios y mestizos, criollos y guitarreros, que existen.

Los bordes del ancho vestido de Manuelita rozan los pisos limpios de la casona de Palermo hasta que ese roce cesa y la joven dama se inclina hacia el oído de su padre.

Don Juan Manuel, recta la espalda, escribe y escribe palabras en hojas de oficio, y las hojas de oficio se acumulan sobre la tapa maciza y lustrosa de una mesa. Escribe y escribe, el padre de la joven dama, como si no hubiera hecho otra cosa que escribir, mintiéndose que la ama más que a su vida.

Manuela, detenido el roce de los bordes de su ancho vestido sobre los pisos de la casona de Palermo, susurra en el oído del infatigable escribiente y del mejor jinete que hayan conocido los argentinos, ni ayer ni hoy, si eso es verdad en un país de jinetes intrépidos y, también, atormentados, y, también, ostentosos y sombríos, y dice, en su susurro, que *el manco Paz caminó por el bosque, y caminó tan lento, Tatita, que parecía un viejo a quien empuja el viento.*

-A hombres como *el manco* los empuja el viento... Está bueno, m'hija -dice el mejor jinete de la pampa bonaerense, y el mejor archivista entre los disciplinados burócratas que lo secundan.

Y don Juan Manuel, sano el cuerpo, mira el claro vacío que lo rodea, y mira las palabras de su hija, que él repitió como si evocase un sueño, y que están ahí, en el claro vacío que lo rodea.

Sonríe, al escucharse, el mejor jinete, tal vez, de las pampas argentinas, y no mira a la mujer joven que tiende a engordar, parada a su lado, y que ya no murmura.

Relee, el mejor archivista que, dicen, hayan conocido los argentinos, las líneas que tiene frente a sus ojos y las aprueba, receloso. Mañana, piensa, las reescribiré. Piensa que toda escritura es provisoria. Pero el señor Sarmiento tampoco tacha lo que reescribe.

-Tocó, *el manco,* con su mano sana, la corteza de los árboles... Uno a uno tocó los árboles, *el manco,* y créame, Tatita, suspiró... Vi cómo se le alzaba el pecho, cómo abría la boca... Dio vueltas y vueltas por el bosque, despacio... Cómico, parecía, pero me asusté, Tatita.

En la voz de la mujer joven, erguida junto a su padre, que escribe y escribe, recta la espalda, hay como una risa suave, cándida quizá. Intermitente. Y que se pierde en las grasas del cuello corto y sin arrugas.

-Usted es una niña, todavía, Manuela -dice Juan Manuel de Rosas, la voz baja y neutra.

-¿Sí, Tatita?

-Escúcheme, Manuela: *el manco* es nadie. *El manco* no es unitario. *El manco* no es federal. No es rico, *el manco.* ¿Dónde lo han de enterrar, si no es dueño de una miserable lonja de tierra...? Y yo soy Dios: por eso está vivo *el manco.*

Todas y cada una de las mañanas que Juan Manuel de Rosas ocupa su despacho, lee, rubio, alto, sano y hermoso como es, los informes de sus fieles, y la papelería que redactaron damas que portan apellidos vascos y gallegos y asturianos. Allí, en esa papelería de la que se desprenden perfumes de extravío, están las filiaciones de sus rencores, de sus pasiones insatisfechas, de sus revanchas.

¿Sabe Juan Manuel de Rosas, en su despacho de la casona de Palermo, qué les sucede a esas damas después de que le enviaron la fiebre de sus intensos y patrióticos desvelos?

¿Sabe si, solas, tiritan de placer en sus dormitorios de piedra?

¿Sabe qué hacen con la mano que trazó, en un papel, despecho, la rabia de un capricho que nunca se saciará, revancha?

¿Sabe si, solas, en sus dormitorios de piedra, ya oscuras, se acarician, lánguidas, frenéticas, exaltadas por el paroxismo que se aproxima?

-Dígame, Manuelita, ¿cómo le va con mister Parish? -pregunta el hombre alto, rubio, sano, hermoso, sin mirar a su hija, a la joven mujer que, a su lado, engorda.

-Para mí, Tatita, los ingleses son un misterio: o son perfectos caballeros como mister Parish o son borrachos perdidos como el almirante Brown -dice la joven mujer que no rehúye los locros sazonados y el arroz con leche frío frío, y que aprendió de su padre el arte de entontecer ciertas respuestas.

-El almirante Guillermo Brown es irlandés -dice Rosas, y ríe despacio-. Nació en el mar, y el mar le dio coraje y más riqueza de la que se merecerá nunca... Cébeme unos mates, Manuela, que no hay audiencia concedida.

-¿Le mando a la María Eugenia? –pregunta Manuelita, los ojos sobre la espalda de su padre, sobre su bella estampa de varón. Manuelita logra que cesen los extenuantes trabajos de su imaginación y, también, las credulidades imprescindibles para no fingir, demasiado, su oficio de hija.

-¿Irlandés? -vuelve a preguntar la joven mujer, y la luz que se esparce por los bosques de Palermo, y que es más hermosa que cualquier palabra que hable de ella, está en sus ojos-. Irlandés... ¿Qué es eso, Tatita?

-Don Brown es irlandés, no inglés -y la voz de Rosas es clara, y son lentas las palabras de esa voz clara, baja, didáctica.

-¿Le preparo el almuerzo, Tatita? -pregunta la joven mujer, olorosas a leche fresca y a perfumes de jardín regado sus carnes, esas que guarda el ancho vestido que cae hasta el suelo.

Rosas ríe, despacio, erguida la ancha espalda, rasurada la bella cara de macho español, y sin rastros de inquietud o de miedo en la bella cara de macho español, incluidos los ojos. Rosas, que ríe despacio, ríe de las ganas que siente por tener entre sus manos a María Eugenia Castro. Siente esas ganas con Manuela a su lado, y ríe. Sabe por qué ríe.

-¿Qué es eso de irlandés, Tatita? -vuelve a preguntar la mujer joven en el silencioso despacho del hombre joven y hermoso que escribe hasta que se extingue la luz en los verdes de los bosques de Palermo, y persuadida, la joven mujer, de que Rosas conoce lo que ella ignora.

-Son, los irlandeses en Inglaterra, como los negros acá -dice Rosas, que, ahora sí, mira a su hija, y se pregunta qué de lo que come ella, la mujer erguida a su lado, le alimenta la gordura.

-Ahhh -dice Manuela, y hay estupor en la exclamación de la mujer joven y gorda. Y hay sorpresa en la exclamación de la mujer joven y gorda. Y hubo, y la mujer joven y gorda cree que habrá, siempre, estupor y sorpresa en sus exclamaciones cuando escuche las palabras de su padre, y aprenda de sus

palabras, hasta que -Dios no lo quiera- su padre cese de escribir y de archivar.

Ella, Manuelita, sustituyó a doña Encarnación, la madre que supo elegirle el hombre joven, rubio, alto y hermoso, para los escasos pero imprescindibles cuidados que requería el hombre joven, rubio, alto y hermoso, el hombre que dio paz al país, y facilitó los negocios de sus buenos amigos.

Ella, la joven mujer, de pie en el silencioso despacho de su padre, conocía a los buenos amigos de su padre, y conocía a sus familias que descendían de las remotas jornadas de la Conquista. Y esas familias, que la joven mujer, y gorda, conocía, edificaron el puerto y la ciudad de Buenos Aires. Y pusieron su marca en la pampa, tierra fértil como ninguna, y allí, en el suelo rico como ningún otro en la tierra, se alzó el mugido de carnes mansas y generosas, y los buenos amigos de su padre dijeron que el mugido de la riqueza no tendría fin.

Ella, la mujer joven y gorda, sabe esto: sin los buenos amigos de su padre, y sin su padre, el país no existe.

El diccionario, sabe la mujer joven y gorda, no miente.

La República

¿Soy yo, todavía, ese joven cordobés que se presentó al general Manuel Belgrano, acompañado por su madre, y que escuchó decir a su madre?, los ojos de madre clavados en la cara del hombre que la miraba con curiosidad, y una leve, levísima sonrisa en los labios, como si no tuviera urgencias, y como si tuviera tras de sí todo el infinito tiempo de una agonía:

Vengo a traerle, señor general a mi hijo, José María Paz.

Yo, aquí, en Buenos Aires, honrado, canonizado por los dueños de la ciudad; yo, que me pregunto qué queda en mi viejo cuerpo del joven cordobés que se presentó al general Manuel Belgrano acompañado por su madre, sé algo de tiempos y agonías.

Mi madre dijo, pequeñita ella, quieta su pequeña mano en mi mano, fría y sin sangre su pequeña mano en mi mano:

-Vengo a traerle, señor general, a José María Paz, mi hijo... Soy Tiburcia Haedo de Paz, y mi Pepe nació el nueve de noviembre de 1791... Veinte años tiene mi Pepe, señor general, y es sano, y estudió latín, teología y filosofía... El mejor alumno del colegio Nuestra Señora del Loreto, mi Pepe. Y católico... Mi marido es José de Paz, administrador de correo. Porteño, mi marido. Hombre serio, mi marido, señor general. Pero mi Pepe y yo somos cordobeses.

El general Belgrano ordenó que trajeran dos sillas... una, para la señora Tiburcia Haedo de Paz, y otra para él. El general Belgrano esperó a que la señora Tiburcia Haedo de Paz se sentara, y, luego, se sentó él. Una escena, supieron decirme los que corrieron mundo, que sólo se veía en las más exigentes cortes europeas.

Mi madre, su pequeña mano fría en mi mano, dijo que la familia Paz quería una patria para todos.

El general Belgrano se inclinó hacia mi madre, y dijo:

-No le quepa duda, mi señora doña Tiburcia: con mujeres como usted la tendremos.

Mi madre se casó en Córdoba, tuvo hijos en Córdoba, quiso a mi padre -es lo que estoy obligado a creer-, y quiso a la patria que peleaba, loca y despiadada, para ser patria.

El general Belgrano que, cuando se lo proponía, podía ser un caballero, y un caballero muy refinado, alzó la pequeña mano fría de mi madre hasta sus labios, y besó, apenas, la piel de la pequeña mano fría de mi madre. Y la abrazó tan suavemente como se abraza a un convaleciente, y, también, desplegó la gentileza exquisita del gran burgués italiano en el abrazo al frágil cuerpo de mi madre.

Y la voz del general Belgrano, alegre y joven, ordenó:

Traigan ya un vaso de leche para mi señora, doña Tiburcia Haedo de Paz.

-Bebida de pobres y republicanos -dijo el general Belgrano, y sus ojos claros y verdes reían de pura dicha.

Ése no era todo el general Manuel Belgrano. Y tampoco lo era quien dictó pena de muerte para los oficiales y soldados de su ejército que se apropiaron de un huevo de gallina de los indígenas. No, tampoco ése era todo el general Manuel Belgrano.

Ni el ferviente católico que obligaba a actos de contrición y rezo a los miles de hombres a su mando; ni el que llevaba al borde del fusilamiento a un cura imbécil y de dudoso patriotismo, era todo el general Belgrano.

Ni la unión de esos fragmentos y noches en vela, asegurándose de que los centinelas no se durmieran en sus puestos, o que no les faltara leña y unos tragos de caña a los soldados acuclillados alrededor de los fuegos del campamento, era todo el general Manuel Belgrano. .

Sé que una madrugada llevé a su tienda una información escrita. Y sé que me presenté. Y que el general Manuel Belgrano no me escuchó. El general Belgrano, sentado en su catre de campaña, miraba la nada con apatía, con hastío, con fatiga. Ése era todo el general Manuel Belgrano. La muerte no lo sorprendería inacabado.

¿Por qué, prudentes como eran, padre y madre, adhirieron a las solitarias, intempestivas voces que abolieron, en Buenos Aires, un día de mayo, el poder de los representantes del trono español?

No lo sé, hoy, con nueve años de prisión y treinticinco o cuarenta años de guerra sobre las pericias y ominosidades de mi cuerpo.

Vi llorar a mi padre, cuando llegaron a Córdoba las noticias del alboroto porteño un 25 de mayo de 1810.

Aquel hombre juicioso, prolijo y atento a las reglas más estrictas del comportamiento formal, y desdeñoso de las gratificaciones emocionales, lloró.

Las proclamas jacobinas y democráticas de mayo cargaron sus ojos con tibias y dóciles lágrimas.

¿Lloró mi padre? Lloró.

Le tembló la voz a mi padre, y se le humedecieron los ojos y murmuró no importa qué exaltado desahogo retórico.

Recuerdo que hubo palabras como *despotismo, libres, independientes* en su murmullo. Las hubo como si las descubriera, y como si, recién descubiertas, se decidiera a incorporarlas, nuevas, espléndidas, mágicas, a su parco vocabulario.

Mi padre murió: esa advertencia que me formulo, viejo como soy, es obvia. Los viejos son una obviedad, no importa cuántas batallas ganaron o perdieron... Oh, basta, manco.

Tal vez mi padre hubiese podido responderle al osado y erudito don Salvador María del Carril. Quizá hubiese una respuesta para don Salvador María del Carril, hombre ducho en paciencias, escrituras y exilios, en las tibias lágrimas de mi padre, patriota sin boato ni recompensa alguna.

Hoy, a dos o tres años de que Juan Manuel de Rosas se refugió en la Inglaterra imperial, a la que admira y respeta como no la admira y respeta argentino alguno; a dos, tres años de que Justo José de Urquiza, tan mañero y alevoso, tan dominado por el recelo como el escribidor que desalojó de la tutoría de la Confederación Argentina, permitiese que yo regresara a Buenos Aires, que dejara atrás las penurias y los hábitos, las plegarias y las mezquindades del destierro, me paseo por sus calles.

Sólo me paseo. Y todavía fuerte. Y todavía callado. Y todavía cordobés.

Y quizá me aguarden una o dos batallas por librar, uno o dos mapas donde marcaré con pequeñas X rojas o negras dónde la díscola tropa a mi mando emboscará al enemigo, sea quien sea el enemigo, y dónde morirá el desventurado paisanaje a mi mando, y dónde morirán los oficiales a mi mando, los caballos a mi mando, y los cañones a mi mando.

Boca arriba en mi catre, acostado boca arriba en mi catre, y en esta casa que me cedieron los dueños de Buenos Aires, siento las fatigas de mi cuerpo: me pasé cuarenta años dejando marcas en mapas engañosos, sable en mano.

Soy lo que otros y yo hicieron de alguien que usa el nombre de José María Paz.

¿Hay otros como yo, hombres como yo, que no montan a caballo, que no trazan X rojas o negras en mapas surcados por las ominosidades de la memoria, que no ordenan que hombre alguno muera, y que, sí, cosechan, durante cuarenta, cincuenta años, papas y lechugas y naranjas, y trigo quizás, en un trozo de tierra que se renueva de un invierno a otro?

¿Soy un hombre que ordeña su media docena de vacas, todas y cada una de las madrugadas de cuarenta o cincuenta años, y recoge huevos en un gallinero de alambres flojos, en todas y cada una de las madrugadas de cuarenta y cincuenta años?

¿Me acuesto con una mujer que envejece junto a mí, hasta que acostarse no es más que acostarse, quitarse la ropa que huele a bosta, a caca de gallina, a tierra humedecida por la lluvia, y dormir, separados, en la misma cama?

¿Sé si hay esos hombres?

¿Hay hombres que no montaron caballos de pelea, que no trazaron X rojas o negras de un cerco de hierro y muerte a la peonada de un patrón de estancias, a sus caballos, a sus lanzas y sus alaridos, y que serán enterrados por sus hijos y sus nietos en el trozo de tierra que heredaron, para que la nutran con los huesos que dejaron de crujir, vencidos los huesos, al fin, por una infinita monotonía?

Yo paseo por las calles de Buenos Aires, solo, y los dueños de la ciudad se descubren ante mí y me saludan -moviendo esforzadamente los labios-, y el general José María Paz, que espera librar, todavía, una o dos batallas, responde, educado, ceremonioso, al homenaje de los dueños de la ciudad.

Soy, para los dueños de la ciudad, una estatua que camina.

La estancia

El loco Sarmiento escribió:

En Buenos Aires hay progreso social.

Eso escribió el loco y salvaje Domingo Faustino Sarmiento. Escribió Buenos Aires, no París. Escribió Buenos Aires, no Boston. Escribió Buenos Aires, no Londres, y digo, por decir digo, no Shanghai.

Escribe como nadie en este país, el loco y salvaje Domingo Faustino Sarmiento.

Y escribió, para que se sepa allí donde debe saberse: *En Buenos Aires hay progreso social.*

Para que lo sepan los ingleses de la *Baring Brothers.*

Para que lo sepa la reina Victoria.

¿Por qué es tan gorda la reina Victoria?

Es tan gorda como Manuelita... Y Manuelita, pronto, tendrá la cara de la reina Victoria: las dos necesitan de un buen jinete.

En Buenos Aires hay progreso social.

¿Qué nos diferencia, mi señor don Domingo Faustino Sarmiento? ¿Que soy el dueño de trescientas mil cabezas de ganado, y de una fortuna de cuatro millones de pesos plata, y que usted escribe mejor que Dios?

Buenos Aires es Rosas, por si lo quiere saber, don Domingo.

Rosas es el nombre del futuro, sea lo que sea el futuro. Y para que ese futuro sea lo que ha de ser, rezan por mí desde los Peñaloza en los llanos de La Rioja hasta los ingleses y vascos enriquecidos de la pampa criolla.

Si los habitantes de Buenos Aires huelen a perfumes de Francia, si prefieren sus ahorros, su techo, sus cópulas adulterinas al ruido detestable de un 25 de mayo, habrá *progreso social.*

De negros, mestizos, indios y paisanos sin conchabo, que no le mezquinan al trago y al asado que les regalo, me encargo yo.

Yo, que no robo.

Yo, que sé quién roba.

Yo, que soy el *progreso social.*

Y digo más: soy Dios.

Un hombre que trabaja y recibe, por su trabajo, la alabanza de un loco que escribe como ninguno en este país, necesita relajarse.

Tráiganme a la Juana Sosa.

Es buena la Juana Sosa para aflojarle los músculos a uno; para que uno

olvide que es Juan Manuel de Rosas cuando la Juana Sosa pasa su lengua por donde debe pasarla.

-Bájese la bombacha -le digo a la Juana Sosa. Y la Juana Sosa se la baja, y huelo allí, entre las dos piernas, las hojas de los árboles que caen en los senderos del bosque, y se pudren en los senderos del bosque, privadas de alimento y de luz.

Es alta la Juana Sosa, y tiene unos muslos de yegua joven, y amiga, la yegua, de pasto bueno. Y ojos de india, la Juana Sosa. No se ríe con esos ojos, la Juana Sosa.

Sé que Manuelita le regaló uno o dos frascos de perfume de la media docena que se obligó a enviarle lord Palmerston.

La Juana Sosa se humedece la entrepierna con esos perfumes. Y yo los huelo, cuando le hago saber, a la Juana Sosa, quién es el dueño del bosque. Quién es Dios.

Tráiganla de una buena vez.

Recomendé, en su momento, al general Facundo Quiroga, un yuyo que le aliviaría los dolores del reumatismo. Muy calificado el yuyo para los dolores del reuma.

El general Quiroga olvidó tomarlo. O lo tomaba a destiempo. Enardecido, el general Quiroga. Descontrolado. Con unas ganas tormentosas de mandarse para los pagos de don Estanislao López y acuchillarlo hasta que el brazo le avisara que no daba más.

Y que nadie le pregunte a mi general Quiroga para qué quiere atropellarlo a don Estanislao, y violentarle su modorra de moribundo.

Me dijeron que el general Quiroga acusa a don Estanislao de haberle robado no sé qué maldito caballo moro... Dios del cielo: ¿qué no harían estos hombres sin mí?

Tuvimos que presentarle, a mi general Quiroga, entre los hermanos Anchorena, Manuelita, el prometido de Manuelita, y yo, algunas damas de las más consideradas familias porteñas para que el hombre se distrajera, para que olvidara, por un rato, los entumecimientos de su alma.

Difícil, mi general Quiroga.

Se paseaba, mi general Quiroga, por este despacho, quejándose de sus huesos doloridos... Y, de pronto, yo escuchaba cómo sus huesos crujían, y cómo mi general Quiroga enderezaba la espalda, y cómo, mi general Quiroga, se ponía a bramar...

Dígame por qué *el manco* me ganó en Oncativo...

Créame, don Juan Manuel: me pasé lanceando riojanos durante toda la batalla...

Pegaban la vuelta, mis riojanos, y le daban la espalda al *manco*...

Bajé a más de uno, le digo... Les corté las orejas. Los desnarigué. Les volé la cabeza...

Y lo vi al *manco*, don Juan Manuel... Cara de indio, el hombre. Y en primera fila. Y el sable en alto. .

Frente a mí, el manco. Como si quisiera avisarme de algo.

Y ni Dios sabe cómo movió *el manco* su infantería y sus cañones, pero los tuve, antes de que se pusiera el sol, en los flancos de mi caballería.

Un fantasma, *el manco*. La cara de piedra, *el manco*. Y me adivinaba el pensamiento, mirándome lancear riojanos.

Y usted, don Juan Manuel, no puede imaginar qué día cordobés fue ése.

Nadie que no le haya mirado la cara al *manco*, como la miré yo, sabrá qué hay en ese hombre.

Estaba ahí, Paz, quieto, montado en su caballo, y sostenía el sable en alto, rígido el brazo que sostenía el sable en alto.

El manco no perdona, don Juan Manuel.

Brotaron de la tierra cañones e infantes, y estuvieron sobre los flancos de mi caballería. Y no hubo ni habrá bruja o adivino que pueda revelar qué se mueve en la cabeza de Paz. Qué se mueve de aquí para mañana. Qué se le mueve en la cabeza cuando todo cristiano duerme, y él no.

El manco me envolvió. Y yo y mis riojanos quedamos dentro de un anillo de acero. Así como le digo, don Juan Manuel: un anillo de acero.

Me envolvió, Paz, por un flanco y por el otro. Y sus cañones y su infantería eran como granizo que cae sobre un campo sembrado.

Y *el manco* estuvo allí, frente a mí, a veinte o treinta o cincuenta metros de mi pingo y de mi lanza, el sable sostenido por su brazo sano, mirándome. Me miraba *el manco*. Y no había piedad en los ojos del *manco*.

El manco, don Juan Manuel, no tiene piedad de nada ni de nadie, empezando por él mismo.

El manco no perdona a nadie, don Juan Manuel.

¿Cómo me ganó Paz en Oncativo, si los ricos y los muy ricos de Córdoba, y los muy pobres de Córdoba, los que piden limosna en las veredas de la iglesia de Santo Domingo, lo tratan a distancia, esperando que, por un milagro divino, lo maten, o el olvido se haga de él?

Esa noche, montado en mi moro, que me avisó que no lo buscase al *manco* en Oncativo, estuve a punto de meterme una bala en el corazón.

Esa noche aprendí los nombres secretos de la impotencia.

No lo pude al *manco*. Me castigó y me castigó. Abrió brecha entre mis jinetes, y los jinetes que me quedaron vivos, en esa mañana o en esa tarde de Oncativo, enfilaron para los llanos, como si ellos y sus caballos creyesen, en verdad, que el Diablo les quemaría del trasero para arriba con el terror de sus antorchas.

Y yo, yo, Facundo Quiroga, ciego, sin sangre en las venas, sin mi lanza en la mano, le supliqué al moro que me salvase.

Y aquí estoy, don Juan Manuel, exiliado en Buenos Aires.

¿En cuál de sus iglesias, don Juan Manuel, debo pedirle a Dios que me diga cómo hizo *el manco* para dejarme en pelotas?

No, no sé cómo lo hizo. No lo sé, mi señor don Juan Manuel... No sé cómo maneja el manco la ciencia de la guerra, pero no hubo, para mí, desquite de lo de La Tablada.

Me ganó, *el manco*, en La Tablada, y me ganó en Oncativo.

El *manco* enseña a su tropa a no perdonar.

Persiguieron, los soldados de Paz, a los míos, a mis riojanos, catamarqueños y jujeños, y chaqueños también, ya los que sobrevivieron a sus impensables apariciones en los flancos y en las fortuitas vanguardias de los que huían.

Persiguieron, los de Paz, a los míos, hasta donde el cielo roza la última piedra de la sierra; hasta que no hubo más rutas que llevaran, a los sobrevivientes, a los cuarteles, a los ranchos, y a los desiertos de La Rioja.

Persiguieron, a los míos, hasta que *el manco* se acomodó en la silla inglesa de su pingo, encendió un cigarro, y con el cigarro entre esos labios finos que le cortan la cara como hoja de cuchillo, alzó el brazo sano -eso fue lo que me contaron los sobrevivientes: que alzó el brazo sano-, y era de noche o de madrugada, y la matanza de los míos se detuvo.

No hay, en este país de mierda, quien pueda vencer al *manco*.

Fue el único en prestar atención a San Martín, cuando San Martín dictó clases de táctica y estrategia a sus oficiales... Todos los demás, los que hoy son sus generales, don Juan Manuel, sólo deseaban que pasaran las horas, y

meterse, sedientos, en la cama, y en la oscuridad de la noche, con la puta mujer del alcalde de primer voto, o la amante puta y adolescente del cura gallego y cabrón.

Y me dicen que el manco leyó, para organizar los infiernos de sus emboscadas, a un tal Bonaparte.

No crea, mi señor don Juan Manuel, que el *manco* me metió miedo en el cuerpo. No.

Yo cargué y cargué, al frente de mis riojanos, y correntinos y misioneros también, ese crepúsculo o esa madrugada de Oncativo, buscándolo.

Fui, don Juan Manuel, por *el manco*.

Y supe, cuando cargué y cargué, que no tuve, en mi vida, otro deseo que clavarle, al *manco*, un fierro en el corazón.

El manco, yo lo sé, me miraba, rodeado por cuatro o cinco o diez hombres fríos como el hielo, e inmóviles los hombres fríos como el hielo, en unos matungos quietos y mansos. Y Paz con un cigarrito brasilero, entre esos labios cortados a cuchillo.

Y aprendí esto, mi señor don Juan Manuel: con el *manco* no hay desquite.

La República

¿Dónde está usted parado, general?

Resulta que yo le ruego a Dios *paz, orden, quietud y prosperidad* para la República, y Rosas pide *orden, quietud, paz y prosperidad* para este país donde él y yo nacimos.

¿Queremos lo mismo, él y yo, para este país donde, él y yo, nacimos?

¿Por qué, para la República, él y yo, pedimos lo mismo?

Si Rosas no miente, y Paz no miente, ¿qué nos diferencia?

Los dos somos católicos, los dos doblamos la rodilla ante el Hijo de Dios, los dos somos argentinos: ¿qué nos diferencia?

Yo nunca fui dueño de tierras. Yo nunca fui patrón de estancias: ¿eso nos diferencia?

Rosas es propietario de algo así como trescientos mil vacunos y cuatro millones de pesos plata. Yo fumo cigarritos brasileros, porque son buenos y baratos.

¿Debería escribir que, más temprano que tarde, el país que Rosas y yo conocemos será la Polonia de América del Sud?

Rosas vive, ahora, solo, en una granja de la Gran Bretaña que le compraron quienes fueron sus amigos cuando Rosas era joven y apuesto, y escribía órdenes de muerte en su casona de Palermo.

Yo, también, vivo solo en una casa que me cedieron los dueños de Buenos Aires, ésos que le recomiendan, a Rosas, medicamentos para atenuar los estragos de la vejez. Las recomendaciones van en cartas de un español almibarado, muy de señor mío. Untuosas, las cartas. Vacías, las cartas.

A mí, los dueños de Buenos Aires me cedieron una casa, y rescataron, no sé dónde, el camastro en el que descansé mis huesos cuando Rosas dispuso que fuera su rehén, y dispuso que tuviese por cárcel alguna piedra húmeda de Luján...

Luján, al alcance de su mano. De su ojo. Levantaba la vista de los papeles que, día a día, y noche a noche, reescribía, sin cambiar un punto o una coma, sólo para gozar, en silencio, de su hermosa caligrafía, y miraba, por los ventanales de su casona de Palermo, hacia Luján.

A veces, Rosas preguntaba a mis guardianes en qué ocupaba yo mi tiempo.

Cuenta las estrellas del cielo, le contestaban. Arma nidos para los pájaros, le contestaban.

¿Sonríe?, preguntaba Rosas.

Mis guardianes pensaban unos instantes y, perplejos, confundidos, evocaban la cara de su prisionero. Y, lentos, admitían que no lo habían visto sonreír.

Peligroso, el *manco*, decía Rosas.

Un hombre que no sonríe, piensa, decía Rosas.

Duermo, como duermen los viejos en esta ciudad, los viejos pobres. Sobre unas tiras de cuero y unos parantes de madera. Catre, que le dicen.

Duermo, encogido como un feto, sobre una colchoneta de soldado.

Duermo solo, sin mujer, en la noche porteña y silenciosa. Búsquese una, Paz. Para que le caliente la noche de mañana. Para que le sobe la piel del trasero. Mucho caballo, Paz. Para que sus tetas le derramen la leche del olvido en la boca.

Un perfume de violetas entra por las grietas de la casa, ya mí me agrada el perfume a violetas, y me aplaca las mudas cóleras del insomnio.

Cuando me duermo; cuando, por fin, el cansancio me baja los párpados, apoyo la mano sana en la empuñadura de una pistola, debajo de la almohada. Buenos Aires, ciudad de asesinos.

Y, también, camino por Buenos Aires. Y camino.

Me pregunto, cuando camino por Buenos Aires o cuando el perfume de un manojo de violetas flota sobre mi camastro de prisionero, qué hay en nosotros, argentinos, que nos empuja, casi indolentes, casi hastiados, casi alegremente, a la nada.

Y me digo, cuando muy de madrugada camino por las calles de Buenos Aires, que un solo idioma sirve para traficar, para conciliar los intereses de los ventajeros y de los eternos perdedores. Para los discursos de las fiestas patrióticas. Para rezar un Padre Nuestro y para comprar una puta. Y no me asombro: le debo ese frecuentado hábito a mi larga vejez.

Salvador María del Carril mira sus naipes, y me dice, aquí, en la ciudad y puerto de Buenos Aires, que, ni yo, ni él, hemos sido ni unitarios ni federales.

Sonrío:

-¿Estrictamente, ni unitarios ni federales? -Estrictamente, general.

Miro mis naipes: creo que, como siempre, puedo ganar. Buena mano, la mía... Nadie compartió su catre, Paz, anoche. ¿Y? ¿Por qué se sonríe, Paz? ¿Anda de buen humor?

Escucho los silencios de la calle, de la noche, de la lluvia de invierno que cae sobre los árboles, sobre el escaso empedrado, sobre los techos de esta casa.

Hay fuego en el hogar de la chimenea.

Miro las llamas azules, amarillas, violáceas que se levantan por sobre las cortezas de los troncos que arrimé a las brasas que han ardido el día entero.

Escucho los sonidos del fuego.

Cuando se vaya Del Carril acercaré este sillón al hogar, y el fuego del hogar va a calentar mis pies, y el sueño llegará, despacio, a mí. Subirá desde los talones de los pies.

Y sé que me voy a dormir, sentado frente al hogar, los pies, el cuerpo, las manos tibias. Gratificaciones de la vejez. Como, a veces, los trabajos de algunas putas.

¿Unitarios?

¿Federales?

Siempre me pregunté a quiénes identificaban esas denominaciones, esos apelativos de clanes o de tribus, esos alaridos que brotan de las gargantas del paisanaje, hoy, y que se escucharon ayer, y que se escucharán mañana entre los tormentos de un degüello y otro.

Rosas dijo que cuando lo llamaban federal se reía. Inteligente, Rosas.

Escucho la lluvia sobre los techos de la casa, de esta casa que me regalaron los dueños de Buenos Aires.

Tanteo la tapa de la mesa de luz. Prendo un cigarrito brasilero en las brasas del hogar.

Divaga, general Paz.

Divagar es el entretenimiento preferido de los ancianos, general Paz.

Dios salve a Polonia.

Dios salve a Polonia de Dios.

Defendí a Montevideo del asedio de Manuel Oribe, general de Rosas, que no tenía por costumbre escatimar la vida de sus soldados.

¿Qué se hizo de este perito en decapitaciones? ¿Polonia lo absolvió? ¿Polonia absuelve a sus asesinos, por abyectos que sean, si cargan con los entorchados de general?

Armé la defensa de Montevideo, y Montevideo resistió diez años el asedio de Oribe, y Rosas marchó al exilio con sus archivos bajo el brazo, con los nombres de los siempre inimputables bajo el brazo, de los pudientes, que siempre son inimputables, bajo el brazo, y Montevideo fue libre.

Convoqué, para defender a Montevideo de los degolladores de Oribe, a los jóvenes unitarios, hijos, ellos, de familias honorables.

Les pedí que ocuparan un puesto en los parapetos medievales, cuyo diseño alegró mis noches de exilio uruguayo.

Los jóvenes de pro me respondieron que tenían decidido marcharse a París: había, en París, dijeron los jóvenes de pro, un poeta escandaloso que merecía su interés.

Y los que no parecían ceder a las tentaciones del turismo europeo, planeaban escapar a París.

Dijeron, los jóvenes elegantes, que les resultaba inconcebible codearse con Giuseppe Garibaldi. Les repelía, dijeron, la camisa roja de Garibaldi, y Anita, la amante de Garibaldi. Lasciva, Anita, dijeron. Desaforada, histérica, dijeron.

Y cómo yo me atreví a declarar que los negros son los mejores soldados de infantería de la América del Sud. Y cómo les concedía, a los negros esclavos, el estatuto y los derechos del hombre libre.

El general que era yo entonces los saludó con una inclinación de cabeza. Los curas que vigilaron su adolescencia, Paz, le enseñaron los modales propios de un caballero. Y usted no los olvidó.

¿Qué hemos sido Del Carril y yo?

Somos hombres cautelosos Del Carril y yo: no hablamos de lo que fuimos.

¿Y hoy?

¿Y ahora?

Yo, ahora, dejo que las llamas azules, violáceas, amarillas, que chispean en el hogar de la chimenea, calienten mis pies.

Perfume de violetas. Noche. Llueve.

Buenos Aires, para que lo sepas, cordobés. Buenos Aires.

Yo soy una estatua que respira. Pero no me acuesto con mis medallas.

La estatua dormirá un rato, sentada frente a los leños que arden y se vuelven ceniza.

Despertará, la estatua, en alguna hora de la madrugada, y buscará, en la cocina, lo que haya para comer. Pan. Queso. Una lonja de carne fría. La estatua tomará un vaso de vino.

Y con el sabor del vino en la boca, volveré a mi catre de soldado. Sin mujer en mi catre de soldado. Y la pistola debajo de la almohada.

La estancia

El general Facundo Quiroga alimentó y regaló caballos y hembras a paisanos destinados a guardar el orden en un país expuesto, por mandato de Dios, a la indisciplina y al despilfarro. El país de la indisciplina y el despilfarro lo mató en una encrucijada cordobesa.

Le ofrecí, al general Quiroga, una escolta que impediría, con su sola presencia, lo que sucedió. El general Quiroga usó palabras jactanciosas para rechazarla.

El general Quiroga no escuchó la palabra de Dios.

Ése es el país que somos. Que lo diga, si no, el general Urquiza, acuchillado, fusilado en su propia casa, y a la vista de sus hijas.

Le dejé el campo libre en Caseros, y los brasileros y paraguayos y los entrerrianos a sus órdenes, en esa mañana de febrero, corrieron a los míos, y los lancearon hasta dejados sin sangre, tirados, boca arriba, a dos o tres leguas de Buenos Aires.

Yo soy Dios: ¿a quién voy a confesarle que estuve cansado esa mañana de febrero, en los campos de Caseros?

Aquí, en el exilio inglés, recuerdo, a veces, al general Facundo Quiroga. Y cuando lo recuerdo, escribo a su viuda cartas de consuelo. También les escribo a las viudas de don Justo José de Urquiza. Les digo que don Justo José me envió mil libras esterlinas para que soporte, con decoro, los inviernos británicos. Criollo de ley, don Justo José.

Aquí, en la Gran Bretaña, me visitan caballeros que son accionistas de las minas de plata de Famatina. Recuerdan, los caballeros, mientras tomamos té, sentados en sillones de fundas claras, bajo los techos de la casa que compré, orientada al Sud, las atenciones que tuvo el general Facundo Quiroga con ellos, cuando ellos eran jóvenes y audaces.

Ellos, que ya no son jóvenes ni audaces, y calientan con largos tragos de whisky la gota que les hincha las articulaciones, cotizan sus acciones en la Bolsa de Londres.

Dios, en el exilio, para no olvidar su pasado, anda a caballo.

El señor Domingo Faustino Sarmiento escribió, a propósito del finado general Facundo Quiroga, que *nuestras sangres son afines*.

El señor Sarmiento odia a España: ese odio lo impulsó a escribir palabras que suenan a lascivas y desoladas. Vertiginosas, esas palabras.

El señor Domingo Faustino Sarmiento escribió esas palabras como si escribiese las palabras de un testamento, como si estampase, en los papeles del testamento, una maldición incesante.

Las sangres del señor Sarmiento, las del general Quiroga, las del general José María Paz, las del general Urquiza, y las mías, son afines.

Son las sangres de los que deben mandar. De los que mandan, no importan los desvelos y las traiciones de nuestras lenguas.

Vendrán a buscarme, y me reivindicarán.

Yo mostré, en veinte años de gobierno, cómo se manda y cómo se pacifica un país.

Yo, Dios, mostré, en veinte años de gobierno, cómo prosperan los negocios si la paz reina en el país, y se sofocan a tiempo los arrebatos subversivos.

¿No quieren escucharme? No escuchen: yo, y ya saben quién soy, puedo esperar.

¿No quieren escucharme? Escuchen al señor Sarmiento: él habla por mí. Él es mi ángel de la guarda.

El señor Sarmiento habla para todas las orejas. Dice, el señor Sarmiento, que, en Buenos Aires, *hay progreso social*. ¿Escucharon?

Dice, el señor Sarmiento, cuando se repone de sus extravíos entre ubres y ancas de mujer, que yo, Juan Manuel de Rosas, soy *un aborto de la estancia.* ¿Escucharon?

Comandante Castro: ¿cómo anda mi señorita María Eugenia, ya que hablamos de las turbaciones del señor Sarmiento, cuando se queda solo, y en pelotas?

¿Buena moza...? Si usted lo dice, comandante...

Pesado este verano. y mucho trabajo... ¿Qué que me relaja? Montar a caballo, comandante.

Ah, pero si usted lo cree necesario, comandante, que me visite, nomás, la señorita María Eugenia... Le haré un tiempito, sí señor.

Ella nos sobrevivirá, comandante. Pero, usted y yo, cuidaremos de la señorita María Eugenia en nuestras órdenes testamentarias.

Somos, los criollos, hombres de una sola palabra.

Nunca olvidaré sus respetos, comandante: usted me ofreció a la María Eugenia, y yo le dije que cuidaría de ella como un padre. Como usted mismo, comandante Castro.

Éste es un pacto entre criollos, y ni la muerte puede quebrar un pacto entre criollos.

Que no se le olvide, comandante: las noches frías y lluviosas son un hábito inglés. Como el té. Que aviven los fuegos, comandante.

La República

¿Debo llorar, Margarita Weild?

. ¿Qué?

Se lo suplico, Margarita: dígame, usted, qué.

Dígame por qué estas lágrimas en la noche, y en este catre de soldado.

No es a usted, recuerdo desvelado de lo que fue despertar, una mañana y otra, y encontrarla cerca de mí, o en las letras que supo escribirme, o en la evocación solitaria de sus desnudeces, a la que yo pueda enseñarle nada acerca de los fríos y de las crispaciones que ocupan mi cuerpo y mis noches.

Una tras otra esas noches. Persiguiéndola como nunca antes, ahora que se fue. Y llueva o no. Relampaguee o no. Sople el viento o no. Sude o no, abrasado por los calores del verano porteño.

Margarita: donde sea que usted se encuentre, y tan cerca, creo, de Dios, a quien envidio, yo le hablo en los días y en las noches que me quedan.

Le hablo desde aquí, desde este catre que chilla por sus tientos y sus maderos, y quizá me ruborizo cuando le hablo. ¿Es obsceno lo que digo?

Temo no recordar. No hablarle. No temo morir solo.

Hablo de sus pechos, Margarita. De sus pezones. De sus muslos. Hablo de su lengua. De la elasticidad de su lengua. Hablo de cómo usted me acariciaba. De cómo pasaba los dedos de sus pies por mis labios, y yo se los chupaba, uno a uno. Y de cómo usted murmuraba *Pepe, déjeme, Pepe. Quieto, Pepe mío. Quieto*. Y yo dejaba de respirar. Y usted me tenía en su boca.

Margarita: soy un viejo, pero, todavía, y también, un hombre. El hombre que usted exploró como nadie lo hizo. Y como nadie lo hará, ya.

Soy un viejo, le digo.

Soy un viejo que camina por Buenos Aires, y los que llevaban alcahueterías a Rosas y a sus mujeres, me saludan. Recogían las alcahueterías, mis saludadores, en las tortuosidades de la ciudad, y las acumulaban en los oídos, y esos oídos no dormían en las casas, en las camas de ricos y de pobres. Me saludan. Ésas y ésos me saludan.

Los alcahuetes muy ricos y los alcahuetes muy pobres, hombres y mujeres, hombres petulantes o caballeros irreprochables -don Nicolás de Anchorena es uno de esos caballeros irreprochables, y cristiano de misa diaria-, y mujeres, oh, Dios de los cielos, mujeres sobonas, voraces, inclinan sus cabezas o me sonríen en el invierno de Buenos Aires. Saludan a mis medallas, los putos y las putas.

Saludan, Margarita, a la estatua que camina.

Saludan, y no lo saben, o no les importa, en la estatua que camina, la batalla que perdió.

¿Para quién gané esas batallas?

¿Para qué?

Ellos son muy ricos, y lo eran cuando doblaban la rodilla ante los retratos de Rosas, y las furiosas exhortaciones de su parentela.

Ellos son muy pobres. Y lo eran, y no dejaron de serio, cuando se les permitía rozar el aire que Rosas y su parentela les concedían para que oxigenasen sus desamparos y sus ruindades.

Son los alcahuetes y las alcahuetas de siempre.

Lo fueron de los plenipotenciarios del trono español. Lo fueron del hombre que, con el consentimiento de ellas y de ellos, los emputeció. Putos y putas arriba. Putos y putas abajo.

Y yo camino por este Buenos Aires encanallado, por este Buenos Aires que absuelve a mazorqueros asesinos, ya los que lucraron con sus degüellos, y la nombro, Margarita.

A usted... ¿A quien, si no?

¿A quién pedirle una gota de consuelo, si no a usted, Margarita?

La nombro, Margarita, y usted está en mis brazos, y yo la escucho, y hundo la cabeza en el olor a leche de sus pechos.

Paz, usted está casado con la guerra, no conmigo.

Y la guerra, Paz, es una esposa de vida eterna.

No me duermo, carajo.

Esto, Paz, escribió usted a su hermano:

El ejército de Echagüe ha sido hoy reducido a la nada. Toda su

infantería, artillería, parque y porción de carretas, de vestuario y armamento, cayó en nuestro poder. Se persigue a los dispersos con tenacidad, y me mandan a cada instante prisioneros, oficiales y jefes. Echagüe es difícil que escape.

La batalla fue en Caaguazú. Tal vez dentro de cien años, algún curioso pregunte por ese nombre, y le contesten que es una cantina donde ofrecen comida y cama al viajero. Y bellezas naturales que el hombre aún no arrasó.

¿Y yo, Paz?

¿Qué soy yo, Paz?

Soy la mujer que le da hijos, ya quien usted hace suya las pocas noches que abandona la infinita cama de la guerra.

Soy la mujer de la que usted anota, nombra, escrupuloso:

Tuve que luchar, y mucho, para vencer la resistencia de Margarita, si puede llamarse victoria a una amarga conformidad.

Soy la mujer con la que algunas mañanas, o algunas tardes, recogió zanahorias, cebollas, lechugas, de los huertos del exilio.

Soy el oído que escucha:

No me deje, Margarita.

Paz, lo quiero demasiado para dejarlo, para cruzar el mar e instalarme en Londres, y rogar por usted en alguna silenciosa, vacía, opulenta Iglesia católica del reino de la Gran Bretaña. Y envejecer lentamente para postergar la muerte.

Paz, yo morí para no envejecer.

¿Qué es lavar platos, Paz?

¿Cómo es limpiarle los mocos y los pañales a sus hijos, Paz?

¿Cómo es morirme un poco mucho para siempre cuando uno de sus hijos muere, Paz?

¿Cómo es vivir con un hombre que sabe reír, y que entra allí donde sea que nos protege un techo, y se queda mirándome, y me mira todo el tiempo que le dura, entre los labios, un cigarrito brasilero, y después se va?

¿Cómo es escuchar el paso de su caballo, Paz, cuando usted se va? ¿Con lágrimas o sin lágrimas? ¿Con el corazón y la boca sin sangre, y la sangre detenida no sé dónde en mi cuerpo?

¿Cómo es escuchar el paso de su caballo, Paz, hasta que dejo de escucharlo, y me quedo sola, y recuerdo su sonrisa, sola, y huelo las cacas de sus hijos, sola?

¿Cómo es que hay hortensias bajo todos los techos del exilio que nos cobijaron?

¿Cómo es tomar el desayuno sola?

¿Cómo es esperar que golpeen la puerta de donde sea que nos instalamos sus hijos y yo, y me lo traigan a usted, Paz, la chaqueta agujereada por una bala, o por dos o por tres, y dejen su cuerpo sobre la mesa de la cocina, y nos miremos, usted y yo, todas las respuestas prohibidas en nuestras gargantas?

Ésas son mis batallas, general Paz, en un país sin salvación.

¿Qué nombres tendrán esas batallas, general Paz?

¿Qué ríos poderosos haya mis espaldas?

¿Qué se juega en esas batallas, general Paz?

Patria se llaman esas batallas, Paz.

Con minúscula, patria.

Sin tambores.

Sin banderas.

Con rehenes, Paz.

Y puchero, Paz. Puchero flaco, Paz. Puchero flaco, Paz, cuando termino de limpiar pisos ajenos, y me tiran unas monedas en pago, y escucho, a los patrones de turno murmurar *ésa es la esclava del* manco. *Rubia, la esclava... La importó de Escocia, tierra de herejes... Hombre de buen ojo,* el manco... *Pero es demasiado joven para él y alguien le va a soplar la dama todo servicio.*

Los cordobeses son impuntuales: yo no.

Yo soy puntual en la guerra, y, cuando puedo, con Dios. Y que Dios se apiade de los cordobeses, si le da el tiempo.

Y yo, Margarita, la esperé, de pie y puntual, en una celda. Ni a caballo, ni con mi chaqueta de general. Ni rodeado de hombres jadeantes y armados, ni en un bosque de fusiles y de lanzas.

La esperé entre los adobes y las rejas de un calabozo. Buen lugar ése, Margarita, para no perder la paciencia. Para que la paciencia se haga escuela.

No llegué tarde a la cita, Margarita.

No caminé, siquiera, dos pasos. Y usted, mi niña silenciosa y frágil, viajó días y días y noches y noches por las rutas de tierra de la pampa, y llegó hasta mí, y ésa fue la hora de la puntualidad.

Y en la hora de la puntualidad, yo la abracé, y olí la leche de sus pechos,

y usted tembló.

Yo acaricié sus hombros, Margarita, y éramos uno en esa celda de adobe y de hierros. Afuera, al otro lado de las rejas y del adobe, estaba la peonada de don Estanislao. Aullaba, la peonada. Desnudaba indias y se las montaba. Desnudaba cautivas y se las montaba. Jugaba, la peonada de don Estanislao, a un naipe o al hueso de una taba, cuchillos, perros, hembras, caballos, putas, y el podrido rancho donde mateaba, dormía y cogía.

Había luz, todavía, luz de la pampa en ese encierro incesante, y yo acaricié esa luz sobre sus pechos.

Usted cerró los ojos, y yo dejé mis manos allí, sobre sus pechos, sobre esa luz.

Y usted dijo:

Siga.

La estancia

Terminé, Manuela, una carta a don Estanislao López.

Escribí toda la noche, y me duelen los ojos. Busqué las palabras justas, Manuela.

Pensé en este país nuestro, y escribí. Y ya salió, para Santa Fe, un chasqui de mi confianza, portador de la carta que escribí toda la noche a don Estanislao.

Larga la noche, Manuela.

Sí, m'hija: don Estanislao va a morir pronto. Y que Dios, cuando lo reciba, le perdone sus pecados. Que son muchos.

Pero, por ahora, lo necesito.

Siéntese ahí, Manuela, que se la voy a leer. Quiero escucharme, ¿sabe?

Si hemos de afianzar la paz de la República, si hemos de dar respetabilidad a las leyes, si hemos de restablecer la moral pública, y reparar las quiebras que ha sufrido nuestra opinión entre las naciones extranjeras, y garantir entre ellas la estabilidad de nuestros gobiernos; en una palabra, si hemos de tener Patria, es necesario que el general Paz muera.

Y le digo más a ese gaucho ladino, pero enfermo, que es don Estanislao.

En el estado incierto y como vacilante en que nos hallamos, ¿qué seguridad tenemos que viviendo el general Paz no llegue alguna vez a mandar a nuestra República?

¿Usted cree eso, Tatita?

Rosas mira a la joven mujer, mira sus carnes frescas, mira las plumas con las que escribe que *Dios ama, y mucho, a los argentinos*, y sabe que esa larga noche en la casona de Palermo, escribiéndole al patrón de Santa Fe, buscando las palabras que turben y desvelen y halaguen al patrón de Santa Fe, lo cansó.

¿Hay remedio para el cansancio?

Lo hay: un pingo de mi flor, y los horizontes de la pampa.

Una mujer de dedos suaves y grupas bien alimentadas, y tetona.

Don Estanislao me mandó decir que no debía olvidar el comportamiento de Paz en la guerra contra el imperio del Brasil, y que dejaba a mi criterio qué hacer con *el manco*... ¿Se da cuenta, Manuela?... A Paz lo cazan los hombres de don Estanislao. Paz está preso en Santa Fe, y soy yo el que debe asumir

ante la República, si es que tenemos algo que se llame República, la responsabilidad de llevar a ese manco cordobés al poste de ejecución.

Tengo el archivo que rebosa de las cartas que remití a ese enfermo, y de las cartas que él, a su vez, ordenó garabatear a sus secretarios.

Me pedía, el moribundo, que yo redactase una circular a los gobernadores de provincia, exigiéndoles que se pronunciaran acerca de qué debía esperar Paz de los buenos federales. Es como si yo les escribiese: *bajen el pulgar*.

¿Entiende, Manuelita, por qué, a veces, me canso?

Escribo:

Salve a este país de caer en pecado mortal, me ordenó Dios.

Lleve mi palabra de fuego y amor a las pampas, hijo mío.

Yo le daré tiempo y salud, me dijo Dios, para que cumpla la misión que le encomiendo.

Éste es mi mandato, y usted lo cumplirá, me dijo Dios.

Y yo, que no obedecí ni a misia Agustina, obedezco la palabra de Dios.

La República

No es necesario que se lo diga a usted, Margarita, pero desde que conocí la guerra, cuando no era más que un chico, en los ejércitos del general Manuel Belgrano, nunca quise morir.

Nunca quise, Margarita, que una bala, una lanza, un sable, acabara conmigo. Aún hoy, viejo, y honrado por los poderosos de Buenos Aires, no quiero que la enfermedad me ponga fuera del mundo de los hombres.

Uno nunca termina de conocerse. Uno nunca termina de conocer sus mezquindades, sus bajezas, su capacidad de entrega, la medida de su generosidad, ese paso adelante cuando todos, *todos*, se quedan en su sitio.

Entonces, ¿cómo conocer a otro hombre?

Uno muere, Margarita, con un vértigo inacabable de preguntas en la garganta. Usted sabe de eso, Margarita.

Yo me quitaba la casaca, y me bajaba los pantalones, y me desangraba dentro de su cuerpo. Y, después, me subía los pantalones, me abrochaba la casaca, verificaba que las pistolas estuviesen a punto de disparar, manoteaba la espada, y salía a la noche cordobesa, al frío serrano, a los silencios de un país donde sólo pierden los pobres.

Me chirriaban los dientes, Margarita. Y lloraba, yo, Paz, en la fría noche serrana. Lloraba, las preguntas en la garganta.

¿A quién lloraba, yo, Margarita? ¿A lo que nunca terminaría de conocer? ¿A usted, a la que abandonaba, lo sé, joven y palpitante, con los rubores y las palideces del encuentro con un hombre enardecido y viejo, ya?

Y usted se quedaba ahí, a oscuras, los ojos cerrados aún, las palabras que quiso decirme muriéndose en su lengua.

Llamemos a eso destino, muerte, nada: usted, mi muchacha, ¿cree que las palabras consuelan?

Margarita: en el olvido y en el destierro, me obligué a escribir. No tuve más recompensa que ésa. Rosas pidió mi cabeza.

Don Estanislao López, taimado y mezquino y receloso, escuchaba a sus alcahuetes contarle qué hacíamos, usted y yo, noche y día, en esa celda de hierros y adobe; qué comíamos, usted y yo, y mi madre, y mi hermana; y qué recuerdos atenuaban la perpetuación de los silencios.

Rosas ordenó fusilar ochenta indios a la luz del día, para diversión de porteños ricos y pobres, y los porteños, ricos y pobres, se divirtieron. Y en grande.

López indicó, los ojos bajos, sin mirar a sus seguidores, que degollaran a los indios en horas de la noche, y en una hondonada inaccesible a la mirada y a la memoria de quien fuese.

Rosas escribió, y mucho. Escribió a López pidiéndole cuatro tiradores para que me llenasen el cuerpo de balas.

Mate a ese hombre, compadre, que nos va el cuero en la partida.

Ese hombre queda vivo, don Estanislao, y no habrá noche segura para nosotros. Dormiremos, mi amigo, con un ojo abierto.

Mate a Paz, mi brigadier general, y el Dios de los buenos cristianos nos bendecirá, bendecirá a nuestras familias, y a la causa de la Federación, que es la causa de la Patria.

Rosas escribió a López que le enviaba unas veinticinco mil vacas, terneros y novillos, y cien toros, para que los santafesinos supieran que Dios velaba por ellos.

López, que detestaba la escritura y sus tormentos, se sintió al borde de la estupefacción cuando leyó la carta en la que el patrón de Buenos Aires le avisaba del regalo, como si hablase, con la más perfecta displicencia, de una ola de agua que barría las islas del Caribe.

Rosas no aspiró vestir los uniformes de la patria. Rosas se excusó de sus responsabilidades de argentino en las guerras de la Independencia, y sólo probó su coraje, y sus cobardías, en la doma de caballos ariscos y sombríos.

Rosas me enviaba, semana tras semana, a uno de sus secretarios, Antonino Reyes, con un lote de libros para que mis horas de prisión fuesen menos infinitas de lo que fueron.

No soy jorobado. No soy tartamudo. Sano hasta donde sé. ¿Inteligencia? Dicen que soy inteligente. Encomian mi memoria: fuera de lo común, mi memoria.

Vamos, Paz, no se sonría: lo de Salta ocurrió hace cuarenta años, cuando usted no fumaba, todavía, cigarritos brasileros.

Fea cosa aquélla, la de Salta. Yo no fumaba cigarritos brasileros, todavía, y era un pendejo. Y la de Salta fue la hembra mejor concebida que yo haya conocido nunca. Tetas y piel y perfumes, y ojos, manos, piernas, labios,

culo, y hasta los aros que le caían sobre los hombros, invitaban a la adoración.

Ahora, Paz, usted escucha llover sobre los techos y las calles de una ciudad degradada y hereje que se llama Buenos Aires.

Paz, usted revive, en esta hora de la madrugada, aquel episodio nocturno y feroz, y su osamenta no se estremece.

Usted, Paz, siente piedad, ahora, por ese jovencísimo oficial de Belgrano que prometió cumplir, con la fidelidad de un esclavo de raza, los antojos de la mujer más rica y más perversamente hermosa de Salta.

Qué oscuro era el dormitorio de esa mujer.

Qué inmensa y turbadora era su cama.

A qué lujurias invitaban sus labios.

Ahora, Paz, usted se compadece de ese oficialito cordobés que juró dar la vida por una patria de iguales, y por su jefe, Manuel Belgrano, que se preguntó, y eso también lo sé, qué hacía, a caballo, el fusil cruzándole la espalda, en las arideces del Norte.

¿No es bella Roma, acaso?

¿No está viva Roma, acaso?

Dos mil años de piedra, de Tíber, de Coliseo, de Via Appia. Doscientos, trescientos años del *Moisés*, de *La Gioconda*, de la buena uva y del mejor vino, de los pecados que no se nombran, y que se pagan en la tesorería del Vaticano.

Está viva Roma. Y allí debió envejecer mi general don Manuel Belgrano.

Pero no.

¿Y por qué no?

No, ¿por que?

Es tarde, Paz, y es hora de que se duerma. Olvídese de aquella salteña rica y voraz. Olvídese de su general Manuel Belgrano: está enterrado, hace treinta años, vaya a saber dónde.

Duerma, Paz, que su cuerpo está cansado. Y que la muerte está ahí, esperándolo.

No habrá bala para usted, Paz. Ni lanza. Ni espada.

Sólo su cuerpo, Paz, que dirá adiós al cigarrito brasilero, a la copa de vino, a la costilla de asado en su plato, dorada la carne de la costilla, y roja, también.

Y, ahora, Paz, usted, acostado en un catre de milico, se pregunta si despertará, hoy, a las seis de la mañana, en Buenos Aires.

Margarita: es un invierno frío el de esta ciudad. Y yo no me duermo. Es noche, Margarita, y hace un rato tomé, de a sorbos, un vaso de ron. Y nada.

¿Y si le digo, muchacha, que me cubra?

No sé si lo de Venta y Media, donde una bala española me envaró el brazo derecho, y donde Felipe Heredia, la cara sin sangre, de ceniza el color del miedo en la cara, me alzó en su caballo, y salvó nuestros pellejos en un galope entre cielos y silencios interminables, fue lo que fue.

Yo deliraba, creo. Y la fiebre subía por mi cuerpo como si me hundiera en un río de aguas más y más calientes. Y aquello, creo, me pareció divertido. Y petulante, también.

No más diana. No más retos a los centinelas dormidos. No más *viiista al frente* a la hora que se aparecía el general. No más nada.

Le digo, entonces, Margarita, que no recuerdo si fue antes o después de Venta y Media cuando la sostuve a lo largo de mi brazo derecho.

No recuerdo, Margarita, si ya me había desangrado, y si maldecía, por lo bajo, al Dios argentino de los ejércitos, en esa retirada por soledades y piedras del Norte. O aún me faltaba incorporar esa disputa con la muerte a mi memoria todavía joven, todavía generosa.

Sé, sí, Margarita, que usted es un puñado de carne rosada que sostengo a lo largo de mi brazo derecho, y que usted, Margarita, me mira, y no me sonríe, y no se asusta ni tiembla, ni tampoco llora.

Y que, quieta la carne, quietos los huesos, ausentes de su piel, de su carne; de sus huesos de juguete, los estremecimientos que vendrían, como viene la noche detrás del día, usted, Margarita, reposaba en mi brazo, el mutilado, o el que, pronto, una bala del rey de España envararía hasta mi muerte.

Y yo, el teniente o capitán o mayor José María Paz, puse despacio, muy despacio, el dedo índice de mi mano izquierda sobre su ombligo, Margarita.

Y le sonreí, Margarita, y usted, Margarita, que era rubia, me miró, y miró cómo mi cara se endurecía, y miró el dedo índice de mi mano izquierda bajar, lento, en el silencio de la mañana, hacia la brevísima raja instalada allí donde le nacían las piernas.

Era como un párpado, Margarita. Un párpado cerrado sobre algo.

Y usted, Margarita, quitó sus ojos de mi mano izquierda, del dedo índice de mi mano izquierda, y me miró.

Miró, usted, Margarita, a un hombre joven, a un joven oficial de

veinticuatro años, que aún no había desposado a la guerra, y miró su duro mentón, y la carne tensa de los pómulos, y lo que ese joven oficial de los ejércitos patrios no sabría nunca de sí.

Estoy despierto, Margarita, en esta noche del muy católico invierno de 1854.

Y alzo mi brazo derecho en la oscuridad de una noche del muy católico invierno de 1854. Lo alzo en el frío del silencio y en el frío de la oscuridad.

Y digo para nadie, salvo para mí, o para usted, Margarita Weild, si no está dormida en la fila de los que Dios prometió bendecir, que este brazo derecho mató con espada y con pistola.

Y este brazo derecho, envarado o no, ordenó matar.

Este brazo derecho alzaba un sable de pelea, y centenares de hombres que vieron cómo se alzaba el fierro en la brisa de la media mañana o en los brillos límpidos de la madrugada, se largaban hacia adelante, desvelados, ululantes, sin que nadie les hubiera advertido a los pobrecitos qué infierno les esperaba del otro lado del aire.

Acérquese, Margarita, que tengo frío.

Y cúbrame, que mis huesos odian el frío.

¿Cuánto hace que usted, Margarita Weild, murió? ¿Seis años? ¿Apenas seis años?

¿Cuánto hace que murieron los pobrecitos que llevé a la guerra? ¿Veinte años? ¿Treinta años? ¿Huesos criollos en tierra criolla?

¿Quiere que el insomnio no lo obligue a la joda, Paz? No olvide, Paz, que usted es argentino.

No, no olvido que soy argentino. Tampoco olvido que soy Paz.

Y también sé que hay una calumnia que nadie puede inventarme: soy y he sido pobre de toda pobreza.

En Corrientes, allá por los años cuarenta, comí lo que comía el soldado correntino, y menos.

Me mandaron, de la gobernación, una gorra y una chaqueta con bordados de general, y una tienda de campaña. La tienda de campaña no tenía bordados de general... Paz, no jada: olvídese de que es cordobés.

Nunca vestí la chaqueta, nunca me calcé la gorra. Cómo vestirla, cómo calzarme esa gorra, si los soldaditos a mi mando, que hablaban guaraní y no español, andaban en pelotas. Ellos, y sus mujeres, y sus niños. Y ellos, sus

mujeres y sus chicos, supieron que el general Paz podía llevarlos a la muerte y a la victoria, como, efectivamente, los llevó, y los que sobrevivieron a la muerte, mutilados o no, lo aclamaron, pero supieron, también, que el general Paz no les iba a rapiñar el hueso de la comida, ni el sueldo prometido, ni el alcohol para el consuelo y la herida a cicatrizar, ni la yerba de los fogones.

Ordené que la tela de la tienda de campaña, que me envió la gobernación correntina, se usara hasta el último centímetro para que soldados y oficiales se confeccionasen pantalones. El sol, de día, les abrasaba las piernas chuecas, y, de noche, no había leña que alcanzase a calentarles las desnudeces.

Dios, este viejo necesita dormir... ¿Me escuchás, Dios?

La estancia

Está muerto don Justo José de Urquiza.

Lo acuchillaron y lo fusilaron, a la vista de sus hijas y de sus mujeres, al gran cojudo de Entre Ríos.

Está muerto *el manco* Paz. Años de años que está muerto el hombre, el único que supo meterme miedo en el cuerpo, y esto me lo digo aquí, en tierra inglesa, entre las paredes de mi casa, a solas con mi alma. Y Dios es testigo de que no miento.

El manco llevaba sus ejércitos hacia Buenos Aires: no quería tierras *el manco*, y no había oro en tierra argentina que comprase al *manco*, y no había tributos ni homenajes que corrompiesen su voluntad.

Y yo, Juan Manuel de Rosas, se lo dije a don Estanislao López, ese santafesino tortuoso, aterido y solapado: *es necesario que Paz muera.* Lo tenía, el agónico don López, al alcance de su mano, encerrado, *el manco*, en un calabozo rodeado de hombres que se disputaban el privilegio de despenarlo, y de convertir a su mujercita en esclava de putas y de indias para que les lavase, de las bombachas, las manchas de sus pecados.

Y los dejó vivos a los dos.

Y quería, el muy zorro, que yo lo degollase.

Que yo vendiera a la Margarita a alguna de las señoras porteñas que se llegaban a tomar mate con la Manuela, en las tardes de invierno.

Pero yo le pensaba otros destinos al cordobés. No había otra cabeza para la guerra como la de él, la de Paz. Quien lo tuviese bajo su ala -y de eso podían dar fe don Ferré y los orientales, y aun mi general Oribe- dormiría sus noches sin sobresaltos: la victoria, hoy o mañana, o en un año o en diez, estaba asegurada. Y a mí me bloqueaban los franceses. Y sólo Paz era el hombre destinado a vencerlos. Sólo el manco podía quebrar el bloqueo a Buenos Aires. Sólo el manco, que desaprobó los humillantes tratos de los emigrados con los franceses para armar un ejército, y ponerlo a las órdenes de Juan Lavalle, y que Juan se viniese a Buenos Aires como de paseo, miles de francos en el bolsillo.

El manco, digo, se apartó de esos enfermos, y a Juancito, a quien misia Agustina, mi muy señora madre, dio la teta por meses, Dios le castigó su ingratitud, y en suelos de infierno lo castigó.

Llamé a los jefes de La Mazorca, y les hablé. Despacio les hablé, para que me entendieran:

Quiero, les dije*, una ciudad sin alborotos...*

Bailes en las casas de las familias decentes, sí...

De las fiestas de negros, mestizos, paisanos y soldados, de sus chismes y de sus fábulas, se encarga doña María Josefa, mi cuñada. Justa y dura como la finada Encarnación.

Y negros, indios e indias, paisanos y pobres, la adoran como adoraron a la finada Encarnación.

Esa devoción no hace más que complacer mi rigor con los fatuos que se marean con las lecturas de los incendiarios y subversivos franceses. Los fatuos de camisas finas, zapatos charolados, y agua colonia perfumándoles el cogote, le escapan al entrevero; los pobres, los que contemplan mi retrato como se contempla el crucifijo en las iglesias, los que no pasaron por las malditas universidades, los que se criaron en corrales y taperas de piso de tierra, ésos, sirven diez años en mis ejércitos, y mueren en ellos sin una queja, reverenciándome como se reverencia a Dios.

Y doña María Josefa no pregunta con quién me acuesto. Ni para qué.

Esto les digo:

Don Justo José, muerto.

El manco, muerto.

Don Estanislao, muerto.

Yo, Juan Manuel de Rosas, estoy vivo. Y cultivo mi granja en tierra inglesa. Y soy paciente.

Los sabios son pacientes.

La República

Estoy aquí, bajo el sol de un verano que demora su partida, y miro mi sombra, la sombra de mi cuerpo en el agua.

Estoy aquí, en Buenos Aires, y mañana, cuando todos duerman, menos Rosas y los asesinos de La Mazorca, yo subiré a un bote, y será lo que sea.

O usted, Paz, llega, con las luces del día, a tierra oriental, o usted se va al fondo del río con una bala en el corazón. Usted, Paz, se lo juró: vivo no lo toman los asesinos de Rosas.

Usted, Paz, tiene cuarenta y nueve años.

Usted, Paz, debería estar en algún lado, recogiendo papas y zanahorias y zapallo para el puchero, y llegar a su casa, en algún lado, y abrir la puerta de su casa, papas, zanahorias, zapalla, cebollas, repollos, entre los brazos, y encontrarse con la sonrisa de Margarita, y con sus hijos que saltan y lo besan, y le ponen flojedades en la boca.

Usted, Paz, tiene cuarenta y nueve años.

Usted, Paz, tiene veinte años de guerra y ocho años de prisión.

Usted, Paz, es un anciano.

Usted, Paz, necesita, a veces, muy pocas veces, ser el granjero inglés que Margarita Weild nunca tuvo a su lado.

Y usted, Paz, que tiene cuarenta y nueve años, y es un anciano, y que a los veintiuno ingresó al ejército del Alto Perú, ya los treinta y seis y pico fue general en Ituzaingó, cuando diezmó (me gusta, y mucho, esa palabra diezmó) al ejército del Emperador del Brasil, está aquí, a las orillas del Río de la Plata.

Y Manuelita lo espía, el ojo pegado al cristal del largavista.

Paz, Rosas le permitió el uso del uniforme de general, y lo humilló. Los que se llamaron o se llaman, todavía, sus amigos, dijeron que usted vendió su alma al señor de San Benito de Palermo.

Y el agua de las orillas del Río de la Plata lame la puntera de sus botas, y corre bajo las suelas de sus botas, y bajo los tacos de sus botas.

¿Y qué es lo que miro en este mediodía de abril?

Agua, miro. Y la infinita línea del horizonte. Y la chalupa que me llevará mañana, en la noche, y en el viento, a la tierra oriental en armas, o al fondo del río con una bala en el corazón.

Miro el agua que lame la suela y los tacos de mis botas, y divago, también.

Miro, en el agua, el dibujo de las batallas que les gané a los patrones de las tierras y de las vacas de este desdichado país, y dueños, además, del paisanaje que servía en sus ejércitos, paisanaje al que no cesé de diezmar en años de guerra y del insoportable estrago de la vejez.

¿Qué puede hacer alguien como yo, en Buenos Aires, cuyo dueño es un Anchorena, o los Anchorena, y no Juan Manuel de Rosas?

¿Qué puede hacer alguien como yo, en Buenos Aires, cuando La Mazorca tortura a otro alguien hasta la agonía, y la ciudad, la ciudad entera, mira para otro lado?

Ya me lo dije: escapo para respirar un aire donde no se escuche el ahogado llanto de los pocos, algunos, que se niegan a mirar para otro lado.

Y escapo para cumplir el dicho judío: *Resistir a la tiranía es obedecer a Dios.*

¿Qué puedo hacer, yo, en Buenos Aires, viejo y solo, tan libre y tan desamparado como una estatua?

¿Entrar en la Legislatura, y obligar, con mi sola presencia, a que se callen los charlatanes, esos que, con Rosas, miraban para otro lado; esos que pueden citar, sin equivocarse, la disposición de las tropas griegas y persas en la batalla de Maratón, pero titubean, perplejos, cuando se les cita la desventura de Cancha Rayada?

¿Y callados los charlatanes, abogar a favor de la unión de la rica, de la inmensamente rica, de la incalculablemente rica provincia de Buenos Aires a las otras provincias de la Confederación, y constituir un país, si eso es posible, y si los contadores de los estancieros les informan que un país es más lucrativo que una suma de feudos, con pastos para el engorde del vacuno, unos, y pestes y secas, otros?

Viejo y solo: no llore, Paz.

Llueve sobre los techos de la ciudad que usted quiere como no quiso a piedra alguna en la tierra cordobesa, ni hombre, ni chico, ni mujer, salvo, tal vez, y en ocasiones, a Margarita Weild.

Y usted, Paz, se acostó vestido en su catre de campaña. Se quitó la chaqueta, y ese maldito lazo negro que lo ahoga en el cuello de la camisa, y se quitó los zapatos. Y, ahora, extraña un buen vaso de ron.

¿Por qué, Paz, no tiene en la casa que le regalaron los señores que enseñan respetabilidad y buenas costumbres a sus hijos ya sus nietos, ya sus gerentes, ya sus mucamas, un buen par de botellas de ron?

Usted no tiene nada, Paz.

No tiene mujer que le entibie los fríos de su vejez. Y usted no tiene ni quiere otros consuelos.

Veamos, Paz: usted tiene dos camisas, un par de pantalones, un par de zapatos, una chaqueta, un poncho, sus botas de guerra, un par de pistolas. Tiene una caja de cigarros brasileros.

Tiene apetito, Paz.

Tiene apetitos, Paz.

No tiene un centavo ahorrado, Paz. Ni para pagar su entierro.

Tiene buena memoria, Paz, todavía.

Paz ha sacrificado su existencia toda, su alma sin reserva y su cuerpo sin piedad, sin poseer nada, ni el pan para sus hijos ni la tierra necesaria para el sepulcro de su cadáver.

Eso dijo don Salvador María del Carril de usted, Paz.

Celebre, Paz, su buena memoria: enciéndase un cigarrito, y llene esa copa con vino.

Las noches terminan, Paz: usted lo sabe. No agregue, entonces, ninguna línea patética a su escritura.

Cometo las torpezas que nunca creí que iba a cometer.

Como, y me salpico y mancho la camisa que planché en la madrugada. Y algo, lo que sea que mastico, se me cae de la boca.

Trituro un hueso de pollo con los dientes que me quedan, y una espina rosada de hueso de pollo, que trituraron mis dientes, cae al piso.

Estoy solo, como siempre. Y es noche. Noche en Buenos Aires. El acero de una de mis pistolas brilla junto al plato de pollo asado.

Me agacho, sin levantarme de la silla, y paso la mano sana por la alfombra en la que se clavan las cuatro patas de la mesa. La palma de mi mano sana tropieza con lo que cayó de mi boca -hueso, saliva, una hilacha de carne blanca-, y cierro la mano sana, y mi mano sana, cerrada, levanta de la alfombra lo que cayó de mi boca. Tiro lo que cayó de mi boca en el plato de pollo asado.

Un regocijo infantil recorre mi cuerpo, y no puedo detenerlo. Me

inquieta ese regocijo, pero no puedo detenerlo.

Lleno con vino la copa que está cerca del plato de pollo asado y de la pistola, cuyo caño apunta a la calle.

Cierro los ojos, y de pie, echo la cabeza hacia atrás, y tomo el vino de la copa de un solo y rápido envión.

Bajo el brazo, lentamente, y deposito la copa vacía sobre la tabla de la mesa. Lentamente, y de pie, la cabeza todavía echada hacia atrás, abro los ojos.

¿Por qué llamé infantil al regocijo que me recorrió el cuerpo, desde las canas del pelo a las plantas de los pies?

Me llevo por delante una silla. Me golpeo la frente contra la puerta alta de un armario. Escucho, en el silencio de la casa, en la luz mañanera de la casa, los insultos que me infiero. Son más que ásperos. Son más que brutales. Son crueles. No recuerdo el nombre del día que vivo.

Despierto, sobresaltado. Un hilo de saliva me corre por el mentón. Lo limpio. Estoy sentado en un sillón, tapizado de negro, de buen respaldo, cómodo.

Cevallos no volea mi caballo, y no me lleva, rápido como la luz, al campamento de don Estanislao.

Hoy es jueves, me digo. Y es tarde, ya. No, hoy es viernes. O miércoles.

Lo veo escapar a don Facundo Quiroga, y sé qué hora del día es. Y sé que vivo, en silencio, un largo momento de placer. Y que me lo gané. Y que ese largo momento de placer me rejuvenece.

Los míos miran la cara del general Paz, y no comprenden cómo un inválido los lleva a la victoria.

Miran a su jefe, a caballo, y después, en la noche, acuclillados alrededor .de los fogones, murmuran que a su jefe no le importan las balas que cruzan frente a él, y, entonces, ¿quién se queda atrás del general Paz?

Miro a Quiroga tendido sobre el lomo de su caballo, escapando de los matungos flacos de una partida de hombres que elegí para que vaya detrás de él, y lo aprese, y me lo traiga. Y ordené, además, que preparen un asado, y unas botellas de vino: el señor Quiroga merece que le celebren sus fatigas patrióticas.

Y creí, viéndolo escapar, que yo podría constituir un país de justos e iguales.

Dios me hizo idiota.
Yo me hice Paz.

Sé lo necesario de mí como para decir, noche a noche, en el silencio de la casa, que la humillación de la senilidad no me alcanzará.

Disfruté de la cena, de la noche que enmudeció a los porteños gritones, y del regocijo que me recorrió el cuerpo, y que persiste en él.

Me senté en el sillón tapizado de negro, y encendí un largo y delgado cigarro brasilero.

Tal vez, mientras fumaba, escuché llover sobre los techos de la casa.

Tal vez me dormí, el largo y delgado cigarro brasilero humeando en el cenicero, y una pistola sobre mis rodillas.

La estancia

Los que juraron que sus vidas eran mías, los hombres que no temían voltear una puerta, y llevarse, de la casa allanada, lo que hubiese para llevar, fuesen mujeres, esclavos, hacedores de consignas antipatrióticas, mueren de viejos, mueren enfermos de nostalgia, murmurando plegarias de extravío. Mueren en las puertas de las iglesias, mis hombres de La Mazorca. Mueren en los huecos de los portales, agarrotados por los fríos del invierno.

Alguien que no olvida quién puso, durante más de veinte años, las bases -perpetuas, si Dios lo permite- de la argentinidad, me contó que Vicente González, al que se conocía como *Carancho e'Monte*, que cumplía con la fidelidad de un perro las órdenes de Manuelita, camina las calles de Buenos Aires, ciego, baboso, cargado de medallas de santos y crucifijos de lata y madera, y grita, hasta que cae la noche: *Que viva don Juan Manuel.*

Yo era el Estado.

Veinticuatro secretarios trabajaban para el Estado los siete días de la semana. Doce secretarios entraban a la cero hora. Los otros doce, a las doce del día.

Anóteme, don Silverio, esta orden para el general Pinedo. Y usted, don Pancho, estos gastos de la señora Juana Sosa. Y usted, don Lautaro, los nombres de quienes acompañaron al manco Paz en su evasión. Y los nombres de sus familiares.

Quiero los nombres de los familiares más cercanos y los nombres de los familiares más lejanos.

Y así.

Don Domingo Faustino Sarmiento ordenó que degollaran al Chacho Peñaloza. Unitario había sido el Chacho Peñaloza. Y pobretón: dueño, apenas, de cinco mil animales, y diez mil pesos plata. Se alzó contra el gobierno, y los paisanos que lo siguieron gritaban Viva Rosas.

La verdad le llegó a destiempo al Chacho, y Dios lo castigó. Dios castigó al Chacho por llegar tarde a la verdad.

¿Y el señor Sarmiento?

El señor Sarmiento apela al mismo recurso que utilicé yo, Juan Manuel de Rosas, para aplacar a los indóciles, ya los que tienen perturbada la razón. Y a los que se mofan de los que están llamados a conducir la República, hoy y siempre.

Yo soy el nombre de siempre. El nombre de hoy. El nombre de ayer.

He escrito a los mandatarios de la Europa civilizada.

Les he advertido contra las casi seguras sublevaciones del pobrerío.

Les he prevenido contra los efectos ominosos de las escrituras que proponen el establecimiento de la anarquía y del poder comunista.

Les he aconsejado que sean virtuosos, que depongan orgullos e intereses, y nombren, al Santo Padre, emperador de emperadores, y rey de reyes.

Dueño, el Santo Padre, de los destinos de la Europa y la América blancas.

Les escribí que emperadores, reyes y príncipes deberían rendir cuentas de sus actos en visitas regulares y obligatorias a Roma.

El Papa, durante esas visitas regulares y obligatorias a Roma, les instruirá de cómo mantener a la chusma rodilla en tierra. Y satisfecha.

Les escribí que ése es todo el secreto de un gobierno durable: inducir, a los que nada tienen, a que sean sumisos y agradecidos.

Y una de las consecuencias de aceptar al Papa como árbitro de todos los conflictos será que las energías y los gastos que demanden las guerras entre príncipes cristianos se utilicen contra los infieles, y contra los que convocan al derrocamiento del sistema de la propiedad privada.

Guarden, para sí, monarcas y príncipes, y para la eternidad, la escena atroz de la Comuna.

Miro el césped inglés de mi jardín.

La belleza es monótona.

Toque algo en ese piano, Manuela, para que su padre olvide a los ingratos, si eso es posible, por unos pocos minutos.

La República

Nunca lloré.

¿Nunca, nunca lloré?

¿Soy tan viejo que sólo puedo decir que, hasta donde llega mi memoria, nunca lloré?

¿No lloré cuando supe de la muerte de Margarita?

No lloré cuando morían mis soldados.

Gritaban, mis soldados muertos, *viva nuestro general*, en los esteros de Caaguazú, en los bosques de Caaguazú, en las barrancas que caían sobre los ríos correntinos, donde flotaban los cuerpos destrozados a lanza, a sable, a cañón, de la tropa de Rosas.

Y Pascual Echagüe, el jefe de esos pobrecitos que se llevaban, boca abajo, boca arriba, los ríos correntinos, escapaba y escapaba, pálido como los árboles enfermos por Dios sabrá qué lacra.

Y los míos, *viva nuestro general.*

Y yo, *no desperdicien munición, soldados*.

Y yo, paseándome entre las medias reses que se asaban en los altos fogones, *buen provecho, soldados*.

¿Lloré cuando murieron mis hijos?

¿Lloré cuando un bote me depositó en tierra oriental, y Margarita Weild quedó en Buenos Aires como rehén de Rosas?

No, no lloré.

Y cuando en la noche que cruzamos el Río de la Plata, y el joven Somellera puso sus manos en la espalda del timonel de como se llamara eso que nos llevó a las costas de la Banda oriental, y dijo, señalándome, *salve a este hombre: los demás importamos poco*, no hubo un nudo en mi garganta que enmudeciera mi voz, ni suspiros en mi pecho, ni emoción alguna que velase el frío de mis ojos.

Yo, Paz, iba en busca de mi sable de pelea.

En la noche de otoño, sentado en lo que fuera que rumbeaba sobre las aguas del Plata hacia tierras orientales, no me pregunté para qué iba en busca de mi sable de pelea.

Estoy despierto.

Quiero ver la luz del día. Cuatro o cinco horas más, y llegará la luz del día.

Me haré un café fuerte, me echaré el poncho sobre el pecho, y abriré la ventana.

Me llegará, cuando abra la ventana, el olor del río, y será bueno escuchar el paso de algún caballo, de alguna carreta, las voces de las lavanderas, y tomar un café fuerte y que no se enfría.

Después, cerraré la ventana, y encenderé un cigarrito brasilero, y sabré que vivo un día más.

Buena noticia ésa.

En Montevideo recuperé mi sable de pelea.

Y en Montevideo, cuando recuperé mi sable de pelea, volví a leer aquella suntuosa línea que atribuyen a Napoleón: *La revolución es una idea que ha encontrado bayonetas*.

Mis hombres empuñaron bayonetas. ¿Por cuál revolución empuñaron bayonetas mis hombres, a los que no lloré cuando murieron?

El señor Domingo Faustino Sarmiento escribió: *Paz tiene la rara cualidad de hacerse impopular.*

Y yo, un hombre viejo, de quien dicen que tengo la rara cualidad de hacerme impopular, dormiré, hoy, quizás, otra noche, y porteña, en un país con muchos esclavos y muy pocos desesperados.



Este libro se terminó de imprimir
y encuadernar en el mes de julio de 2003
en Encuadernación Aráoz SRL,
Avda. San Martín 1265,
(1407) Ramos Mejía, Buenos Aires,
República Argentina.